

CONTINUACIÓN DE MENARD

Michel Lafon

BARTLEBY THE SCRIVENER

Entre las numerosas iluminaciones –directas o indirectas– que le debo al texto de Diego Vecchio, la más notable tal vez para mí es ésta, que apunto aquí para recordarla: que a la inversa de lo que leímos desde siempre en el cuento de Borges (a la inversa de lo que dice el propio narrador), la obra *visible* de Pierre Menard es (ha venido a ser, con el tiempo) el *Quijote* (los tres capítulos de la primera parte del *Quijote*), y la obra *invisible* (la heroica, la impar), el catálogo de 19 piezas que constituye la primera parte de la ficción. De esta obra invisible, que cada relectura vuelve a descubrir y a olvidar –de ahí su invisibilidad–, nació, de algún modo, *Une vie de Pierre Ménard*.

De estas 19 piezas, mi preferida y, de hecho, la primera que convoca mi memoria, cada vez que pienso en el catálogo, es la sugerencia de eliminar un peón de torre, para enriquecer las aventuras del ajedrez. “Menard propone, recomienda, discute y acaba por rechazar esa innovación”. Imaginar, intentar, renunciar. *Envisager* (admirable verbo francés del que hago uno de los fetiches de Menard –y que Borges traduce acertadamente por *encarar*: “Inútil agregar que no *encaró* nunca una transcripción mecánica del original”) –*envisager*, pues, reflexionar, abandonar. Vacilar, cavilar, aniquilar. Menard, seducido un tiempo por una novedad, opta por sacrificarla, por olvidarla. Menard, moderno ejemplar, *prefiere no hacerlo*. Menard, hombre de pudor, de delicadeza, de reticencia. Todo –empezando por el papel grandioso que le atribuyo en la historia de la literatura del siglo XX,

y por su resignación a la inacción y a la invisibilidad, imprescindibles para tal papel –sale sin duda de esta reticencia– de esta lucidez...

MONSIEUR TESTE

En realidad, Borges y Menard llegaron bastante tarde a mi novela. Durante años, ésta se centró en una descripción del Jardín Botánico de Montpellier y en el deseo de competir con el *Monsieur Teste* de Paul Valéry. Hay en efecto, en este “pequeño ensayo de retrato imaginario” que pretende ser *Monsieur Teste*, una carta de Émilie Teste en la que ella le escribe al “narrador” que a la tarde irá a dar un paseo con su marido por el *Jardin des Plantes*, del que le hace una descripción que sigue siendo, para mí, una de las páginas más emocionantes de la literatura francesa (y una de las más poéticas, con los versos del *Cementerio marino*), sin duda porque habla de *mi* jardín. Ese antiguo jardín literario, frecuentado por todos los tipos posibles de *ausentes*, fue en efecto el jardín de mi adolescencia, así como *Monsieur Teste* fue el libro de mi adolescencia. La feliz conjunción del jardín y del libro (la presencia del jardín dentro del libro, y también del libro dentro del jardín) me encantaba y me daba ganas de seguir la apuesta : producir una novela tan inseparable del Jardín como lo es la página de Émilie (o de Paul, si se quiere). La amistad incipiente de André Gide, Paul Valéry y Pierre Louÿs se desarrolló en gran parte en sus avenidas, particularmente en el sendero casi oculto que pasa delante de la tumba de Narcissa –esta tumba vacía que es el centro secreto y romántico del Jardín, como bien lo entendieron los tres amigos, fascinados por el destino póstumo de la hijastra de Edward Young. Yo los imaginaba a los tres, los oía conversar, dialogaba con ellos, jugaba a meterlos en una trama novelesca estrechamente relacionada con el espacio cerrado por donde me gustaba verlos deambular: modos de la novela-jardín y del jardín-novela...

BLOW UP

Durante años, también, pensé que mi novela iba a ser policial: el descubrimiento de algún cadáver y la investigación subsiguiente me parecían la manera ideal de darle vida y misterio a la ficción, para no hablar del orden secreto que iba a justificar y orientar al laberinto de vegetación y de piedra. Al descubrir la lista de los escritores ilustres que habían frecuentado el Jar-

dín desde su origen (la fecha oficial de su creación es 1593), pasé poco a poco a la idea de un complot, y más precisamente de un complot literario, que justificara secretamente estas visitas, estas citas, estos diálogos permanentes, estos crímenes latentes. Ya que el complot se reactivaba poco después de la Primera Guerra Mundial, en el auge de todas las esperanzas (de todos los olvidos), me di cuenta de que Borges podía haber visitado el Jardín durante su largo viaje del año 1919 desde Ginebra hasta las Baleares, vía Lyon, Nîmes, Montpellier y Barcelona. El complot convocaba a Borges, y Borges justificaba el complot (al que rinde un homenaje tardío en “El Congreso”, su largo cuento de 1971 finalmente reunido, como se sabe, en *El libro de arena*, en 1975).

De Borges a Pierre Menard no había mucha distancia, lo que sin duda me incitó a dejarlos acudir juntos al *hortus conclusus* de la vieja ciudad languedociana: uno de los motivos inconfesables de mi pasión por “Pierre Menard, autor del *Quijote*” es que su “héroe” fuera un vecino mío (debo reconocer, sin embargo, que existe entre nuestras ciudades natales, Nîmes para Menard y Montpellier para mí, una vieja rivalidad). Calculé que Menard tenía que haber nacido a principios de los años 1860 (digamos, para comodidad narrativa, 1862; digamos, si me permiten el guiño a Mallarmé, el 18 de marzo), lo que hacía de él un hermano mayor, si no un padre, de los escritores venideros: les lleva casi diez años a Gide y Valéry, y casi cuarenta a Borges. Lo que significaba que, si se armaba un complot, Menard tenía que ser, por fuerza, su inspirador –su centro secreto...

LA LETTRE VOLÉE

Un amigo argentino me cuenta un plagio del que acaba de ser víctima. Me pide consejo, ayuda. El plagio es tan visible, tan exagerado, el asunto tan feo, tan absurdo (su autor parece ser todo un campeón en estas lides oscuras, un verdadero *habitué*, nos enteramos de que publicó recién en la Argentina un ensayo ya publicado, por otro, en Alemania), que lo vivo como un agravio personal, me siento incapaz de aconsejarlo, de ayudarlo, y termino atribuyendo a Menard el sufrimiento y la desorientación que expresa mi amigo, y que empiezan a contagiarme. En el desarrollo de mi ficción, Menard es víctima de un plagio equivalente. Encara (*il envisage*) todas las reacciones posibles, hasta resignarse a escribir un artículo a la gloria del plagiario, en el que, comparando sus frases con las frases idénticas

del otro, subraya la evidente superioridad de éstas sobre aquéllas. Tampoco publica este artículo (entiende que sería exponerse demasiado, casi romper su pacto de invisibilidad), pero un día lo manda a Borges, que no olvidará la exasperación de su amigo y sacará de esta triste anécdota el genial punto de partida de su cuento, haciendo de Menard el autor (parcial, mágico) del *Quijote*...

Otra lección, pues, que quiero recordar acá: se trabaja mejor con el olvido. Mi novela no es una reescritura del cuento de Borges –no lo es, por lo menos, en el sentido en que nunca tuve un ejemplar de *Ficciones* abierto en mi mesa cuando escribía la novela. Nunca trabajé a partir del cuento, intentando justificar *a posteriori* en el desarrollo de la novela alguna rareza, alguna ocurrencia, alguna iluminación, algún sendero del cuento. Nunca me pregunté cómo se las había arreglado Menard para *producir* el *Quijote*, y la novela me lo reveló por casualidad, tal como acabo de contarle. (Tampoco quise saber nada de las extraordinarias investigaciones de Daniel Balderston sobre el Menard histórico, el médico nimense que estuvo en contacto con Freud y quiso enriquecer el psicoanálisis con la grafología). La vida de Menard –su entera dedicación a la literatura y a sus amigos escritores, su reingenuidad y su letra de insecto, sus fobias un poco ridículas pero tan enternecedoras, su resignación a los textos secretos y a los libros inéditos, sus notas anónimas para la NRF, su pasión por el Mediterráneo, por la historia romana y las monedas antiguas, por el piano y los pianistas, por el pintor montpellieriano Frédéric Bazille y sus cielos eternamente azules, por los paseos a través de la *garrigue* y a lo largo de la vía Domicia, por los días de sol y las tardes de sombra, su identificación con el fundador histórico del Jardín, su teoría de los tres jardines y su teoría de la traducción, su veneración absoluta por el entomólogo Jean-Henri Fabre, su nostalgia de los veranos de infancia en el Grau-d’Agde, de las tres jóvenes desaparecidas y de tantos amigos muertos e *inolvidados* (*inoublíés*)–, esta vida entrevista o adivinada, me fue aportando sin que yo los buscara elementos (anécdotas, pensamientos, frases, biografemas, palabras) que a veces, sólo a veces, iban a dar en el cuento de Borges. “Pierre Menard, autor del *Quijote*” no es la fuente de mi novela, sino, en algunos casos bastante involuntarios, que parecieron luchar hasta imponerse, uno de sus posibles horizontes.

Michel Lafon
Université Stendhal-Grenoble 3